

Ibán Díaz Parra:

ESPACIO, ARQUITECTURA Y AUTOGESTIÓN EN BUENOS AIRES

Comunicación presentada en el marco de las jornadas ***Sobre capital y territorio III (de la naturaleza de la economía política... y de los comunes)***. Estas jornadas forman parte del proyecto **Sobre capital y territorio** incluido dentro del programa de **UNIA arteypensamiento**

ESPACIO, ARQUITECTURA Y AUTOGESTIÓN EN BUENOS AIRES

Ibán Díaz Parra (iban.diaz@uca.es)

Universidad de Cádiz

Proyecto de Investigación “Arquitectura y autogestión” (Plan Nacional de Investigación Científica. HAR2010-20715).

RESUMEN: La crisis Argentina en torno al cambio de siglo dio como fruto unos movimientos sociales con enorme relevancia política y social en Buenos Aires. Diez años después, la herencia de las luchas de este periodo queda depositada en gran medida en infraestructuras físicas que soportan espacios organizativos con una marcada línea autonomista y autogestionaria. En esta comunicación se argumenta que esta concepción de la acción social presenta formas territoriales, arquitectónicas y políticas muy definidas, orientadas por criterios de emancipación y democracia directa, que encuentran su pilar fundamental en las oportunidades de construcción colectiva que ofrece el espacio común inmediato. Esto, por un lado, ha condicionado la pervivencia y la vitalidad de los movimientos y por otro, ha marcado claramente sus limitaciones políticas como sujetos promotores del cambio social.

Justificación

La presente comunicación es fruto del trabajo de campo realizado en la ciudad de Buenos Aires entre junio y septiembre de 2012 en el marco del Proyecto de Investigación “Arquitectura y autogestión. Estudio crítico de las condiciones generadas por la práctica autogestionada en la arquitectura y el espacio público”. Durante el mismo, pudieron ser visitados diversos proyectos de autogestión en la mencionada ciudad y en su denominado *cono urbano*, teniendo la oportunidad de entrevistar a relevantes activistas vinculados a los movimientos sociales que emergieron en el contexto del *Argentinazo*. Desde el punto de vista de las necesidades de revisión y análisis del proceso argentino, tras el paso de un lapso sustancial de tiempo, esta comunicación es claramente insuficiente e incluso podría juzgarse como superficial. Desde el punto de vista de la situación económica, política y social del Estado español, a la luz de la presente crisis, la revisión del caso argentino está totalmente justificada y tiene una clara utilidad para los movimientos sociales europeos que podría incluso calificarse de urgente.

El principal argumento aquí es que el desarrollo de estrategias espaciales y ligadas a espacios territoriales y edificios, reducidos y muy concretos, ha sido el elemento clave de la pervivencia y fortaleza del movimiento autónomo autogestionario en el caso bonaerense. Al mismo tiempo, por la propia naturaleza de estas ideas, la falta de planteamientos a una escala superior ha dado un resultado político muy alejado de los planteamientos radicales que parecen ser característicos de estos movimientos, siguiendo una senda nacionalista y reformista que en un momento dado resultó la única opción para la supervivencia de las diferentes iniciativas autogestionarias.

El Argentinazo y los nuevos movimientos sociales

El contexto económico y político

El estallido social que se produjo en Argentina en diciembre de 2001 se desarrolla en el contexto de recesión económica del país que abarca desde 1998 hasta 2003 y que a su vez se gesta en el periodo previo de auge económico de la década de los noventa. Esta década es un periodo de hegemonía ideológica del neoliberalismo que se traduce en la expansión de los postulados políticos monetaristas, así en Argentina como en el resto de Latinoamérica (Herzer, 2008). Esta situación se asocia a la desregularización, privatizaciones, retracción de la intervención del Estado y la conocida política de convertibilidad del peso al dólar que permitió un intenso flujo de capital extranjero invertido en sectores estratégicos, como la energía, la construcción y los servicios públicos, o en la pura y simple especulación. Respecto de las formas de construcción de ciudad, implicó la hegemonía total del agente privado, la desaparición de cualquier vestigio de política pública habitacional y procesos de privatización de la provisión de servicios tradicionalmente públicos, como el abastecimiento de agua y electricidad o el saneamiento, en gran medida durante el gobierno de Carlos Menem (Mutuberría, 2008). En este contexto, la inversión extranjera se concentró en su mayor parte en la región urbana de Buenos Aires y más concretamente en la zona central y el eje norte (burgués) de la ciudad, dando lugar a nuevos procesos de metropolización de la ciudad con una tendencia a asimilar los patrones norteamericanos de urbanización (difusos y policéntricos) y al incremento de la polarización social (Ciccolella, 1999). El fin de la fase de auge del ciclo económico terminó con una tremenda inflación, fuga de capitales y subida de la prima de riesgo y de los costes de financiación exterior hasta hacer casi inviable el Estado. En este sentido, un entrevistado comenta como “todas las mañanas cuando encendías la tele te decían el tiempo y el riesgo país”¹. Hasta aquí la historia es muy similar a la realidad del Estado español. Posteriormente, las restricciones impuestas por el Ministro de Economía Cavallo a la retirada de depósitos, conocidas como *El Corralito*, convertirían la crisis social existente, y que afectaba fundamentalmente a las clases populares, en una crisis política de enormes dimensiones, en el momento en que la situación de penuria material empezó a afectar a las clases medias. En diciembre de 2001 se desencadenaron las conocidas protestas, los disturbios y el estado de sitio.

El periodo en torno al cambio de siglo es por lo tanto de elevado malestar material para la población argentina. A unas elevadísimas tasas de desempleo se le une la dificultad para las clases medias de acceder a sus ahorros, mientras la disparatada inflación hizo prácticamente inviable en un determinado momento el acceso a bienes de primera necesidad. La penuria económica y las consecuentes protestas fueron socavando las principales instituciones. Se trata de un proceso de deslegitimación tanto del sistema económico como del sistema político, que afecta también a la institución policial y a la judicial. En esto tiene mucho que ver las conocidas como masacres de Floresta y de Avellaneda. En el primer caso, el 29 de diciembre de 2001 un policía mata a tres jóvenes dentro de una estación de servicio molesto por los comentarios sobre los disturbios de la noche anterior. En el segundo caso, menos de un año después, la policía, tras una manifestación piquetera, persigue y ejecuta a dos conocidos militantes ante las cámaras de televisión. En cualquier caso, este periodo supone un punto de inflexión en la

1 E1, activista y miembro fundador de la Cooperativa de Consumo Quilmes.

relación de la población con sus instituciones, empujando a las clases populares a “tomar la acción y no quedarnos como ovejitas directas al matadero”².

Así, a las condiciones materiales se les suma la orfandad respecto de alternativas políticas parlamentarias de la población, siendo estos elementos fundamentales que condicionan la forma que tomarían los movimientos contestatarios. Así, se produce un periodo de rabiosa inestabilidad política entre 2001 y 2003 en el que se suceden los gobiernos hasta la llegada al poder de los Kirchner con los que se inicia la relegitimación de las instituciones de cara a las clases medias y populares. La devaluación del peso y de los salarios crearían las condiciones para la recuperación a partir de 2003, coincidiendo con un giro político hacia el nacionalismo y el proteccionismo que definen la línea del partido Justicialista hasta la actualidad.

El contexto ideológico.

Respecto del contenido político del movimiento contestatario, este tiene un carácter que coincide, en parte, en lo que tiende a denominarse como área de los nuevos movimientos sociales. Estos serían un conjunto de formas de acción social colectiva que, en contraposición al movimiento obrero predominante durante el siglo XX, abandonan la toma del poder como objetivo principal de la lucha social, trasciende el ámbito de la producción como espacio fundamental de conflicto y empiezan a trabajar sobre la esfera reproductiva de la sociedad. De igual forma, las identidades en torno a las que se articula el movimiento trascienden la identidad de clase y empiezan a incluir cuestiones como el género o etnia entre otros (Touraine, 1990, Melucci, 1999 y otros). De hecho, los objetivos de autogestión del espacio y el control de los distintos aspectos de la reproducción social que apuntaba Castells (1986) a la hora de hablar de los nuevos movimientos sociales urbanos encajan bastante bien con el carácter de las iniciativas desarrolladas entre 2001 y 2003 en Buenos Aires. Los movimientos adoptan así un carácter que podría calificarse de libertario en cuanto a sus aspiraciones de descentralización, horizontalidad en las formas de organización política y búsqueda de la autogestión en cuanto a relaciones de producción, distribución y consumo. El término autonomista es bastante común entre los activistas argentinos para referir esta línea política y esto tiene su origen en gran medida en la elevada influencia del movimiento zapatista en los discursos que se desarrollan en torno al cambio de siglo. Este periodo viene marcado por la decadencia de las estrategias políticas leninistas y maoístas, muy desprestigiadas en las últimas décadas del siglo XX y aún más tras la caída del muro de Berlín. Asimismo, el elemento más relevante de la política contestataria en los últimos años del siglo XX es el movimiento antiglobalización, que coincide con el periodo de mayor relevancia social del zapatismo, ambos marcados por el área de autonomía y por los discursos de los nuevos movimientos sociales occidentales. Teniendo esto en cuenta, no es de extrañar el carácter particular que adoptan los movimientos.

Dentro de estas líneas autonomistas muy generales, existen disensos importantes. Por ejemplo, la autogestión ha basculado entre una forma de ruptura total y presente con el sistema, perspectiva autónoma y o anarquista, y su instrumentalización táctica con el objetivo de conseguir el empoderamiento obrero acordes con una perspectiva favorable a la

2 E2. Militante obrero y cooperativista de la fábrica tomada Chilabert.

descentralización y contraria a la burocratización. No obstante, la promoción de formas autogestivas e incluso el otorgamiento de una posición central en la lucha por la transformación social a este tipo de tácticas no está exenta de crítica desde la izquierda, que han tendido a considerar la autoconstrucción y otros aspectos de la autogestión de las necesidades como formas de autoexplotación (esta discusión se trata por ejemplo en Mutuberria, 2008 y en García, 2009). Más allá de estas diferencias, dentro de las distintas perspectivas, y con raras excepciones, como la de aquellos más vinculados a las teorías autonomistas de carácter netamente postmoderno, el obrerismo es un elemento de consenso que aparece de forma apabullante en discursos desarrollados desde colectivos social y políticamente muy diversos.

Desde 2004 otro elemento ideológico que ha ido introduciéndose en los movimientos sociales, especialmente aquellos con una raíz más popular, parece haber sido el peronismo kirchnerista. En los movimientos sociales de origen autonomista y/o obrerista, se hace patente una simpatía mayoritaria para con el gobierno actual, a menudo denostado por las clases medias urbanas. Aún cuando los principales cuadros de organizaciones e iniciativas de carácter radical se muestren críticos con el gobierno, la afinidad de las bases de la militancia izquierdista con el kirchnerismo es evidente. También lo es la sinergia entre la institución del gobierno central y las iniciativas autogestionarias de base, hasta rozar la cooptación. Esto debe entenderse en el excepcionalismo político argentino de la última década marcado, en primer lugar, por la larga y compleja tradición peronista y, en segundo lugar, por el asalto a la hegemonía ideológica de los movimientos izquierdistas y nacionalistas en Sudamérica durante la primera década del siglo XXI, especialmente en la fachada oriental del subcontinente.

Todo el poder a los piquetes y las asambleas

Los principales productos de la contestación social surgida del *Argentinazo* son las asambleas del pueblo, distribuidas por los distintos barrios de la ciudad y del cono urbano como órganos de democracia radical. El segundo producto más característico es el movimiento piquetero, que tiene un origen anterior, en el desempleo sostenido y el incremento de la polarización social durante la década de los noventa, contando con un cariz más popular y obrerista, organizado a través de varias federaciones. Este último está fuertemente vinculado a su vez al movimiento villero, que aunque tiene sus orígenes en la década de los setenta, resistiendo los planes de erradicación de villas de la dictadura (Gutierrez, 1990), se reorganiza en la Federación de Villas en la década de los noventa. Otra organización barrial, con origen en la década de los noventa, sería el Movimiento de Ocupantes e Inquilinos, especialmente activo en el centro-sur de la ciudad y reforzado con el *Argentinazo*. Todos estos movimientos presentan, de forma casi instintiva, la tendencia a la descentralización típicamente libertaria, organización en barrios, autonomía organizativa y autogestión del territorio.

De los distintos experimentos de autogestión del territorio que supone la organización e intervención en el propio barrio o villa encontramos diferentes ejemplos en este periodo. Dentro del movimiento de villas, es destacable la Cooperativa de Consumo y Vivienda Quilmes Limitada, no siendo exactamente una villa, sino una cooperativa de vivienda, a pesar de lo cual juega un papel de liderazgo dentro del mencionado movimiento. Quilmes es un referente y una experiencia bastante excepcional en la cuestión de la autogestión de la vivienda ya que es una

cooperativa de consumo que compró el suelo y que ha desarrollado una urbanización eficiente también mediante autogestión y apoyo mutuo (autoconstrucción), que incluye las redes de abastecimiento y desagüe y conexión con la red general. En el contexto del *Argentinazo*, la cooperativa de vivienda se transformó en cooperativa de trabajo:

“Los ingresos de los vecinos no eran los mismos. Había casi un 55% de desocupados en el barrio. En el país llegó a un 30%. Nos juntamos para tratar de ver cómo podíamos implementar trabajos productivos genuinos (...) con los que pudiéramos cubrir el problema de comer (...) Se pudo resolver el *laboro* de alrededor de 50 familias”³.

Además del espacio residencial de 360 viviendas, la cooperativa cuenta con dos espacios dotacionales: la guardería, biblioteca, oficinas y talleres de la cooperativa de producción; y varios talleres destinados a la producción: un taller textil, un taller de metalurgia destinado a la elaboración e cerramientos de aluminio y metal y un taller dedicado a la elaboración de materiales de obra (losas, ladrillos y otros). Uno de los aspectos más sorprendentes es que, a pesar del carácter fuertemente politizado y radical de algunos de sus cuadros, las cooperativas tienen al Estado como una de sus principales compradores, llegando a ser una parte de la producción del taller textil los uniformes de la policía federal.

La intervención del gobierno sobre las iniciativas de economía social, comprando la producción o concediendo ayudas es notable y llega incluso al movimiento piquetero. Organizaciones como la Federación de Organizaciones de Base (FOB) cuentan con algunos de los movimientos de base amplia con los discursos más radicales y explícitamente libertarios. Sin embargo, gran parte de su funcionamiento en las villas, en las que cuentan con una importante red de centros sociales, se sostiene sobre cooperativas de servicios en las que se integran los parados y que se dedican en gran medida a realizar obras públicas demandadas por la administración (mantenimiento de plazas y parques, rehabilitación de colegios, etcétera). El fomento del cooperativismo y la economía social es un elemento fundamental de la relación entre el Estado y los movimientos de base. En otro orden, la presión social que se genera en los momentos álgidos del movimiento contribuye a las Leyes 341/00 y 964/02 de Emergencia y Autogestión del gobierno de Buenos Aires, que permiten financiar organizaciones sociales como ejecutoras de proyectos habitacionales. En base a estas leyes el Movimiento de Ocupantes e Inquilinos desarrolla importantes proyectos de cooperativas de reciclaje por ayuda mutua en el centro de la ciudad, mientras en la periferia, sufren un importante impulso los programas de urbanización en villas a través de créditos colectivos. Una vez superado el periodo de más intensa conflictividad social, el gobierno local intentaría que limitara su dimensión más autogestionaria y hacer que empresas privadas asumiesen el carácter de agente urbanizador que habían empezado a adoptar los movimientos sociales (Rodríguez, 2009).

Dentro de las asambleas del pueblo, una de las que ha subsistido con mayor vitalidad es la de San Telmo, típico barrio histórico antes degradado y hoy en un proceso de gentrificación todavía tenue. La asamblea ha llegado a gestionar hasta tres comedores sociales en el barrio y mantiene hoy el centro social Rosa de Luxemburgo. A otra escala, gestiona el mercado dominical de San Telmo. Este trabajo genera rentas para miembros de la asamblea siendo una

³ E1

pieza clave de su subsistencia por más de diez años. La asamblea tuvo y tiene un importante rol denunciando los desahucios fruto de la gentrificación del barrio, los desalojos de edificios ocupados y en general ha tenido un proceso de proletarización que hace que su existencia se base en la cobertura de necesidades materiales urgentes. También han gestionado la ocupación de edificios por parte de personas con necesidades habitacionales. La ocupación reciente del ExPadelai, antiguo edificio ocupado en el que llegó a generarse una cooperativa de usuarios con el objetivo de regularizar su situación, proyecto del Movimiento de Ocupantes Inquilinos, desalojado en 2003 y vuelto a ocupar este verano, es el último episodio de uno de los sectores políticamente más vitales del centro. Fuera de este caso, es complicado ver asambleas que sigan teniendo afluencia masiva y una influencia sobre un territorio extenso habiendo sobrevivido la mayoría en torno a la creación de radios libres o cooperativas de distinto tipo, en general vinculadas a espacios concreto, en principio muchos tomados, y en la actualidad cedidos o alquilados predominantemente. A escala barrial, con el paso del tiempo, los ámbitos que mejor han aguantado el paso del tiempo han sido las villas y el movimiento piquetero como espacios de organización. La recuperación económica a partir de 2004 hizo que las asambleas, asociadas en mayor medida a las clases medias, fuesen desapareciendo poco a poco, mientras que el movimiento villero y piquetero sigue teniendo las mismas necesidades que antes de la crisis.

Arquitectura y autogestión. Centros sociales, mercados y fábricas.

En el periodo de eclosión del movimiento los espacios edificados, tomados o cedidos, suponen elementos de referencia fundamental e infraestructuras imprescindibles para las asambleas de base. Un caso notable de este tipo es la Mutual Sentimiento. La Mutual se constituyó en 1999, por parte de antiguos presos políticos de la dictadura y en ese año les fue cedido un edificio de oficinas anexo a la estación de ferrocarril, de seis plantas. Es un típico edificio funcionalista de los años setenta. Posteriormente y ante la elevada demanda se cedió un galpón (estructura básica de almacenaje muy rudimentaria). Ambos espacios eclosionaron a partir de la crisis del corralito. Con el desabastecimiento, el trueque se convirtió en una necesidad vital que se facilitaba en estas instalaciones, incluyendo una especie de moneda social. En los años 2002 y 2003 se montaban verdaderas colas los días del trueque. Además estaban interconectados con otros espacios similares de la aglomeración urbana y venía gente de todos los puntos de la ciudad. Esto funcionó durante varios años. La moneda social fue destruida de forma intencional por el gobierno falseándola e introduciéndola de manera masiva según denuncian los activistas⁴. Por otro lado, conforme la situación económica mejoraba, la afluencia de público aminoró. Aún hoy se conserva un mercado del trueque en una de las plantas del edificio, con una cierta afluencia y variedad de productos, sobre todo gente mayor y perfiles muy humildes. Esto contrasta con el propio Galpón, que a partir del 2005 se fue reconvirtiendo hacia el comercio de productos ecológicos y artesanales y que genera beneficios suficientes para mantener a varias decenas de asalariados. El Galpón es un espacio destinado descaradamente al consumo de clase media. Un caso similar es el del Mercado de Bonpland, una instalación tomada por activistas vinculados al movimiento del trueque y de las asambleas del pueblo. Se empezaron ocupando instalaciones anexas a la nave del mercado para su uso como centro

⁴ E4 Afirma la actual presidenta de la Mutual.

social (se hace trabajo con presos, con jóvenes, etcétera). Posteriormente se logró la declaración de patrimonio histórico y se recuperó el mercado desde la perspectiva de la economía social. Su clientela actual es extremadamente similar a la de El Galpón. Una de las cooperativas que venden allí sus productos es La Alameda, de la asamblea barrial de Parque de Avellaneda. Estos empezaron con un comedor popular: “llegaban los vecinos que tenían hambre”⁵ y seguidamente tomaron un local social. Posteriormente, empezaron a llegar denuncias de costureros esclavizados en talleres clandestinos de la zona. A partir de aquí se creó una cooperativa textil guiada por la idea de que “se puede trabajar dignamente sin un patrón que se esté llevando las ganancias de los trabajadores”.

Otro espacio referencial que ha recogido una parte de las energías de los movimientos sociales del *Argentinazo* es la Casona Humahuaca. Local adquirido en 1999 como proyecto individual y que iría socializándose a partir de las movilizaciones de 2001, empezando por la asamblea barrial de la zona (barrio de Abasto). El trabajo social y las actividades desarrolladas por el centro social se multiplicaron y toda la parcela acabó siendo parte del centro social. Dentro de las actividades realizadas, las fiestas callejeras han sido el mayor éxito del espacio. A pesar del papel georreferenciador del centro social, el activista que inició el proyecto refiere la calle como el principal espacio de la lucha. La toma de la calle y de lo público era un aspecto ideológico fundamental de los movimientos de 2001-2003. Frente a la ideología neoliberal de “privatizarlo todo”, estaba una sociedad que planteaba lo público en primer lugar. No obstante: “Cuando vamos a hacer una actividad en cualquier lado, lo primero es armar un territorio, delimitarlo de alguna manera, también en el espacio público”⁶. De forma similar comenta sobre la pervivencia de algunas asambleas y organizaciones después del auge de 2001-2003: “todos los lugares que siento que sobrevivieron tienen que ver con locales tomados o cedidos, las fábricas, etcétera, todos lugares físicos que hubo alguien que creo y se encargó de cuidar”. De nuevo a pesar de la radicalidad de los discursos con respecto a la economía y la política, horizontalidad, autogestión, autonomía, etcétera, diversas actividades que se desarrollan en el espacio, como la estupenda revista *El Abasto*, están subvencionadas por el estado. Uno de los activistas entrevistados proporciona una clave al hablar de lo efímero de las presidencias entre 2002 y 2004: “venía uno y lo tumbábamos, venía otro y lo tumbábamos también. Cuando llegó Kirchner pensaba que también acabaríamos tumbándolo. Pero cuando llegó a la presidencia lo primero que hizo fue retirar el retrato de Varela. Entonces me di cuenta de que este era diferente”⁷.

En el convulso periodo entre 2001 y 2004 se ocuparon numerosas muchas fábricas y empresas abandonadas, pero muchas fueron también ocupadas por activistas, artistas, etcétera, dando lugar a talleres más próximos a los centros sociales ocupados que pueden encontrarse en Europa occidental. Estos tipos de espacio tendieron a ser efímeros frente a las fábricas

⁵ E5 Activista de la asamblea de parque de Avellaneda. Mujer joven.

⁶ E6 Activista maduro, adquirió el espacio en el que se encuentra La Casona Humahuaca en el barrio del Abasto, para socializarlo a posteriori. Muy activo en los movimientos contestatarios entre 2001 y 2003.

⁷ *Ibidem*.

efectivamente controladas por sus antiguos trabajadores⁸. Las ocupaciones masivas de fábricas y naves, incluso cuando no fueron llevadas a cabo directamente por los trabajadores de las mismas, fueron permitidas por un contexto político de intensa deslegitimación de las instituciones: “la década de los noventa el poder judicial estaba muy cuestionado, el poder político ni hablar, ya lo decía la famosa frase: que se vayan todos,.. y no solo era para el poder político, también para el empresarial”. Por ejemplo, cuando la fábrica tomada Chilabert fue a juicio por la denuncia del propietario se enfrentaron a un poder judicial: “también tambaleante, no estaba muy firme en estas decisiones. Y menos en estas situaciones, de toma de fábricas por los trabajadores que quieren conservar su trabajo. Desconcertamos tanto a los políticos como a la justicia... La propuesta era simplemente que no cierren la fábrica... Por lo menos dejen equivocarnos por nosotros mismos.... Déjenos a nosotros probar”⁹.

Uno de los buques insignia de las fábricas tomadas es el Hotel Bauen. Hotel funcionalista de lujo creado para los mundiales de 1978, este emprendimiento fue financiado parcialmente por la dictadura argentina con créditos que nunca le fueron restituidos al Estado. Fue por mucho tiempo sede de eventos de la conservadora elite social bonaerense y, en este sentido, su recuperación tiene un carácter especialmente simbólico. El hotel cerró sus puertas en 1999 y fue tomado por los trabajadores en 2003 con ayuda de sindicalistas y activistas procedentes de otras fábricas tomadas. Empezaron unos treinta trabajadores rehabilitando el inmenso espacio, que durante el periodo de su cierre se había transformado en palomar. Hoy cuenta con 150 trabajadores. Aparentemente es un hotel al uso, algo decadente, habiendo bajado de sus cinco estrellas iniciales a las tres actuales, pero muy normalizado en su actividad. La posibilidad del reflotar el hotel vino, en primer lugar, dada por la devaluación del peso, que hizo muy atractivo viajar a Buenos Aires a partir de 2003. En segundo lugar, por convertirse en referencia del movimiento obrero y de los movimientos sociales en general. A pesar del peso simbólico que tiene el Bauen y de la fuerza de su historia, el proyecto se encuentra amenazado por la demanda de restitución legal a sus propietarios. Esto da una idea de la posible debilitación de los movimientos, paralela a la restitución de la legitimación el Estado y de las instituciones judiciales para apoyar a las clases dirigentes.

El Bauen es también un ejemplo de la fuerte coordinación entre fábricas tomadas y movimientos sociales de distinto tipo. Es un espacio apoyado por las asambleas de barrio, los sindicatos y las redes de fábricas tomadas. También es el legitimado por el Estado argentino, que envía como clientes contingentes de personas ligadas al ministerio de educación y al ministerio de desarrollo social, colegios, etcétera. Comparte además el espíritu del movimiento, formulas de democracia radical basadas en el territorio inmediato y autogestión económica a través del cooperativismo:

“El proceso de 2001 marco el pico de la cuestión democrática participativa, las fábricas ocupadas son una expresión de eso, pero la gente discutía en las plazas, en los barrios, todo lo discutían, (...) la empresa se organiza con la asamblea por encima de cualquier otro órgano (...) Si tenemos que decidir en asamblea si compramos tubos fluorescentes o lamparitas comunes,

⁸ Así lo afirma E2.

⁹ Ibídem

probablemente el hotel esté sin luz. Había antes una dinámica así, porque la democracia era absoluta, se paraba todo y a discutir los 160 trabajadores (...) Hay que saber regular eso¹⁰". Esta experiencia agrí dulce de las asambleas y de la inoperancia de discutirlo todo aparece en numerosas entrevistas con activistas de diversa condición social¹¹.

Si hay algún elemento de divergencia de las fábricas tomadas con el resto del movimiento, es quizás el discurso más netamente obrerista, en el que se encuentran más cómodos militantes de la izquierda clásica que, por ejemplo, estarían menos dispuestos a defender los típicos centros sociales fruto de las asambleas del pueblo. Por ejemplo, una frase significativa de un relevante cuadro político del movimiento de fábricas tomadas, a la hora de ser preguntado por su relación con el movimiento piquetero, es que la relación es buena aunque hay desacuerdos, dado que: "no podemos utilizar la palabra desocupado (...) no tenemos que aceptar esa palabra, no podemos renunciar a ser trabajadores"¹².

El movimiento tras una década

De entre los colectivos que han sobrevivido a la década posterior al *Argentinazo*, la toma o adquisición por cesión o alquiler de estructuras edilicias parece haber sido predominante como soporte fundamental de su actividad. Las características más relevantes de estos espacios fueron en principio la toma (ocupación) y el reciclaje de instalaciones abandonadas de diverso origen. La toma se hizo posible en gran medida por la deslegitimación del sistema, que afectó también al complejo judicial-policial, algo que todavía es notorio en la sociedad argentina. Además, tanto la toma como el reciclaje partieron de un periodo anterior de superproducción de edificios y de desindustrialización y abandono de estructuras fabriles. El reciclaje además fue de uso generalizado y obligado en el contexto dado. Aunque en un principio la ocupación fue una táctica muy frecuente, especialmente entre 2001 y 2003, a partir de la normalización político económica y la creación de nueva legitimidad, la mayor parte de iniciativas de este tipo van desapareciendo por una variedad de razones. Una buena parte de las instalaciones simplemente va dejando de tener sentido en la medida en que la situación económica mejora. En este mismo plano, las asambleas van desapareciendo progresivamente con la normalización y los gobiernos reformistas, quedando pocas de ellas en funcionamiento. Esto tiende a asociarse con una vuelta a la normalidad de las clases medias, que recuperan su estatus acomodado con el nuevo auge económico. En relación a esto se produce la mutación de algunas iniciativas. Así, en casos muy relevantes, los mercados del trueque fueron dejando lugar a mercados de economía social, dirigidos fundamentalmente a un consumidor de clase media (artesanía, producción ecológica, etcétera). Por su parte, el movimiento piquetero ha mostrado ser más resistente y más conservador en cuanto a sus tácticas, apuntando este hecho a la extracción social humilde de sus bases. La alianza entre piquetes y asambleas fue una alianza entre clases populares y clases medias. La retirada de estas últimas a partir de 2004 mostró que existían intereses diversos. Mientras los piquetes eran fruto de la pobreza estructural de la región las segundas eran la expresión de una situación coyuntural.

¹⁰ E3 Trabajador del Hotel recuperado Bauen.

¹¹ También en E6, por ejemplo.

¹² E2

La otra gran cuestión del movimiento en la actualidad es su fuerte relación con la administración pública. La situación parece casi de dependencia y hace temer por iniciativas de gran interés ante la posibilidad de un cambio de gobierno. La aceptación y el seguimiento de un gobierno de carácter nacionalista y reformista como el del Partido Justicialista, parece lógico en el contexto de efervescencia de este tipo de movimientos en América latina. Sin embargo, no lo es tanto en relación al ideario radical, autonomista y autogestionario del que hizo y siguen haciendo gala los principales movimientos sociales argentinos. Esto encuentra una respuesta lógica en la total ausencia de estrategias respecto de la toma y la gestión del poder. La articulación de proyectos autónomos puntuales es rica pero a medio plazo no puede ignorar la existencia de un poder territorial de ámbito superior. La democracia radical y la autogestión cooperativa de las pequeñas iniciativas o de los barrios, finalmente, acaban dependiendo de un Estado reformista que satisfaga sus necesidades y que haga su día a día más fácil, haciendo entrar este tipo de proyectos en una contradicción interna que solo con el tiempo podrá verse como se soluciona. Queda claro, como lección para otros países que están pasando por situaciones similares, que ignorar el poder político y la organización a escalas superiores solo puede conducir a que la historia acabe llevando al movimiento radical y de base por caminos no deseados por el mismo. Dicho de otro modo, es esencial mejorar la reflexión estratégica y realizar planteamientos políticos a una escala superior a la del barrio o la de la pequeña iniciativa autogestionaria.

BIBLIOGRAFÍA:

CASTELLS, Manuel *La ciudad y las masas. Sociología de los movimientos sociales urbanos*. Alianza, Madrid, 1986.

CICCOLELLA, Pablo "Globalización y dualización en la Región Metropolitana de Buenos Aires. Grandes inversiones y reestructuración socioterritorial en los años noventa" *EURE*, V. 25, n. 76, Dic 1999.

GUTIERREZ, Ramón. *Buenos Aires. Ciudad Histórica*. Editorial Escola, Buenos Aires, 1990.

HERZER, Hilda (Coord) *Con el corazón mirando al sur. Transformaciones en el sur de la ciudad de Buenos Aires*. Espacio Editorial, Buenos Aires, 2008.

MELUCCI, Alberto *Acción Colectiva, Vida Cotidiana y Democracia*. El Colegio de México, México, 1999.

MUTUBERRÍA, Valeria *Los servicios públicos urbanos como medios colectivos para la producción y reproducción de la vida de los sujetos en sociedad desde la perspectiva de la economía social. Análisis de experiencias de gestión colectiva en el Gran Buenos Aires*. Tesis de Maestría en Economía Social, UBA, Buenos Aires, 2008.

RODRÍGUEZ, María Cristina *Autogestión, políticas del hábitat y transformación social*. Espacio Editorial, Buenos Aires, 2009.

TOURAINÉ, Alain *Movimientos sociales de hoy. Actores y analistas*. Hacer, Barcelona, 1990.